



# LEYENDO A SILVA



Juan Gustavo Cobo Borda,  
Asesor Cultural de la  
Presidencia de la República

**ID**urante un siglo colombianos y extranjeros han leído la obra de José Asunción Silva con sincero interés. Han expresado su admiración en páginas que iluminan aspectos de su poesía y su novela y que establecen, a lo largo de estos cien años, las modalidades de recepción crítica de una de las más notables creaciones literarias colombianas.

Aun cuando ya se han hecho tres recopilaciones de trabajos críticos sobre Silva y en los últimos años la biografía pionera de Alberto Miramón (1937) se ha visto superada por nuevos aportes, entre los que se destaca el libro de Ricardo Cano Gaviria, el material agrupado en esta ocasión permite enfocar, a través de más de medio centenar de miradas, la sugerente resonancia de su escritura, y la forma como ella se ha estudiado, mediante muy diversos análisis.

Como, en muchos casos, su obra se convierte en un simple pretexto para transmitir los intereses de la obra y como, en una segunda vuelta del tiempo, todos ellos van adhiriendo, como pólipos, a la desnuda música de sus versos, otorgándoles la pátina de una riqueza más honda. De un eco que se prolonga y modifica a través de oyentes dispersos en el tiempo y el espacio. ¿Por qué el mismo poema suscita reacciones tan variadas? No se trata tan sólo de un ejercicio universitario como con tanta agudeza propuso I. A. Richards en *Lectura y crítica* sino, en cierto modo, de un corte longitudinal a lo largo de nuestra historia literaria y sus repercusiones en todo el ámbito de la lengua española.

Tales reacciones van desde quienes conocieron a Silva y permanecieron dentro de la órbita de



una personalidad singular y un drama humano que marcaría, por mucho tiempo, cualquier aproximación a sus textos enturbiados por el escándalo de su muerte. Hasta los estudios que revalúan hoy una novela como *De sobre-mesa* y la sitúan de lleno dentro de la renovación modernista y sus preocupaciones esotéricas. Cada época proyecta así sus intereses, poniendo énfasis en los mismos renglones sobre quien los redactó o en la búsqueda autonomía de tales textos.

Entre esos dos puntos operan ensayistas hispanoamericanos como Rufino Blanco Fombona y Ventura García Calderón, o poetas como el español Francisco Villaespesa, tan influido por Silva, el nicaragüense Salomón de la Selva, el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade y los colombianos León De Greiff y Germán Pardo García, quienes desde su ademán creativo asediaron el mundo de

Silva, en pos de sus propias imágenes personales, como es obvio, pero también como un reconocimiento franco de quien los urgía y conmovía con la sinceridad entrañable de su poesía, en especial en *Nocturno* por antonomasia, piedra de toque de cuantos escriben sobre su obra.

De todos modos, de este repaso de textos, se atienden tanto a las peculiaridades de la ciudad que lo vio nacer —caso del historiador Indalecio Liévano Aguirre— como a los conflictos sociales económicos y políticos que un español como Juan de Garganta resume, en 1947, revisando la bibliografía disponible hasta la fecha, es factible concluir reafirmando el valor innegable de su aporte, ya nunca más regateado al lado de las figuras centrales de su tiempo, como es el caso de Rubén Darío y José Martí, cuyas obras leyó, asimiló e hizo suyas, incluso hasta la parodia.

## II

¿Quién fue entonces este poeta singular? Hijo de una familia acomodada de origen andaluz, su padre Ricardo Silva era escritor costumbrista, dueño de un almacén bogotano, como varios de su época, que importaba desde Europa artículos de lujo.

Luego de la muerte de su padre, Silva verá quebrar tal negocio y sufrirá el embargo que su abuela materna le declaraba luego de padecer 52 ejecuciones judiciales. Verá también morir a Elvira, su hermana más querida, y en el naufragio del vapor *Amerique* desaparecer lo que consideraba más valioso de su obra literaria. A pesar

de tales desdichas muchos continuaron aludiendo a la belleza de su figura, la elegancia de sus maneras y la pulcritud de su camisa. Un dandy nazareno que buscaba ser fiel, hasta el final, al desapego apolíneo, sintetizado en esta frase: "antes me verán muerto que pálido".

Las anécdotas nos lo muestran sensible e irónico, avanzado para su tiempo, pero unido de forma irremediable con su entorno, que lo vio vivir durante 31 años y le dictó muchas de las pautas de su conducta. Un viaje a Europa y una estadía en Caracas, como miembro de la legación colombiana, constituyen



sus dos únicas salidas al exterior, igualmente decisivas: adquirió distancia.

Supo de otras formas de convivencia. Se sintió solo y escribió para comunicar ese misterio que une a todos los hombres.

Una última y fracasada aventura comercial —el montaje de una fábrica de baldosines de cemento— y una cena final, con diez amigos, cierra la breve novela de su existencia. Luego de ella y vestido con elegancia, se dispararía

un tiro en el corazón: el lugar preciso que un médico amigo le había señalado días antes. No vio publicada su obra.

Tales elementos darían origen a una catarata inagotable de medallones románticos, agravados por unos supuestos amores con su hermana, y harían de su silueta la de un maldito o, por lo menos, un "raro", para usar la terminología impuesta por Darío. Tal sustrato se percibe en múltiples aproximaciones a Silva. La leyenda ya será consustancial a su figura. Ni la más objetiva de las lecturas puede prescindir de tales datos.

Pero el ser alejado del mundo, víctima de la ensoñación, impráctico para los negocios, era también el miembro de una familia liberal atraído pragmáticamente por la pragmática política conservadora de Rafael Núñez. Al elogiar los versos de Núñez, Silva buscaba conservar su puesto diplomático o, si era posible, mejorarlo.

Lo apasionante, en todo caso, fueron sus contradicciones y la forma como se transmutaron en una música verbal de nitidez mágica. No era un hombre al margen de las tensiones de su pequeño mundo, de las

herencias y los pleitos del sectarismo político y las heridas no cerradas de varias guerras civiles. Pero era ante todo, un poeta. Pudo escribir sobre los fantasmas difuntos que la bruma de su ciudad natal insinuaba en torno suyo.

Algo de esto lo había visto Laureano García Ortiz al escribir en 1896:

*Si bien es cierto que Silva era de naturaleza sensible en grado extremo, y de una sensibilidad que no iba siempre en vía y a paso normales, igualmente es cierto que jamás apareció en el indicio alguno sentimental; murió, según todo lo hace creer, en ejercicio de una libre y fría volición, como ponían fin a su vida las fuertes naturalezas del paganismo.*

Esa fuerza para hacer suyo el destino también se percibe en sus versos: trascienden su época convertidos en imagen aún válida. Si en la adolescencia comienza a ayudar a su padre en el negocio familiar y a los 18 años fue incorporado como socio, teniendo que habilitarle la edad, su interés por la poesía se mantendrá alerta a lo largo de estos años y la literatura francesa, como apunta Sanín Cano, estará siempre presente dentro de su horizonte intelectual.

Pero ese afrancesamiento consustancial al latinoamericano de la época, no eludía, en ningún momento, el humus cultural que su medio le proporcionaba. Éste, como lo ha sintetizado Malcom Deas refiriéndose al período de hegemonía conservadora entre 1885 y 1930, podría resumirse así: *cuidar la lengua es preservar la comunicación con el mundo hispanoparlante*, y añadir, refiriéndose a Miguel Antonio Caro:

*la preocupación por el idioma no se deriva del temor al aislamiento, aunque Colombia estuviera aislada,*



*ni el menguante nivel de comunicación con los mexicanos, chilenos o argentinos, que le importaban poco. Me parece que el interés radicaba en que la lengua le permitía la conexión con el pasado español, lo que definía la clase de república que estos humanistas querían.*

No fue Silva, como se dijo, un solitario aislado en su torre de marfil. Si un hombre de carácter que sabía trazar distancia y que trató, en prosa y verso, de

lograr que los modos de percepción de la realidad se hiciesen más sutiles al trascender el debate que muchos de sus poemas plantean —el peso de la herencia hispánica, el drama de las guerras civiles, el papel de Bolívar— hacia una dimensión más compleja e íntima, de innegable universalidad. Fue crítico de su herencia, pero lo mejor suyo es la consustanciación entre una palabra y un clima que sin la palabra no subsistiría envuelto entre las nieblas del deseo.

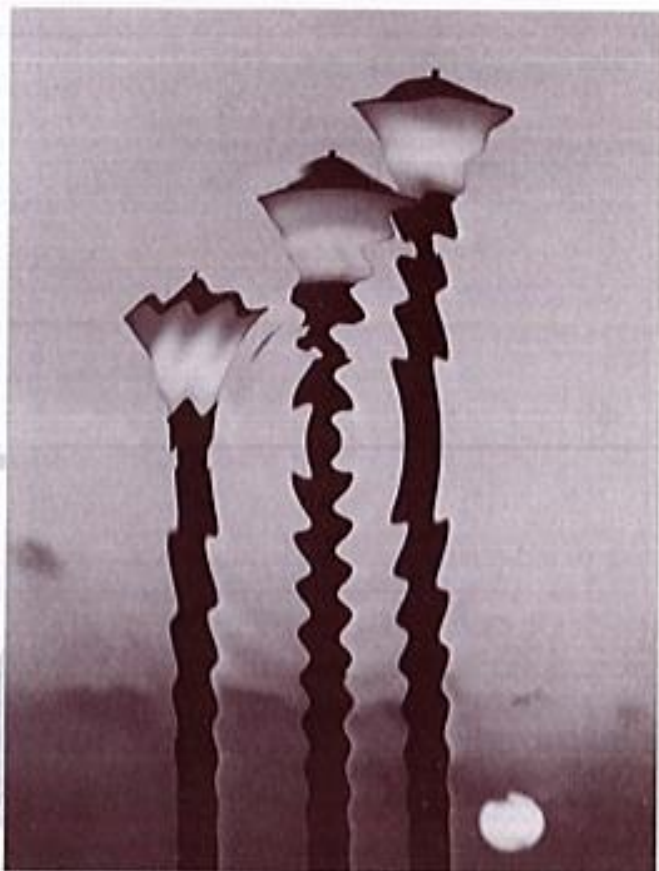
### III

Ismael Enrique Arciniegas recuerda su participación en las reuniones que realizaban en la imprenta de José María Rivas Groot. Allí donde se cumplió Victor Hugo en América y en las cuales participaban Julio Flórez, Diego Uribe, Federico Rivas Frade, los hermanos León Gómez, Joaquín González Camargo y Carlos Arturo Torres, el ensayista de los *Idola Fori*. Allí Silva leyó "Ars", su definición estética, y páginas en prosa.

Allí se acordó publicar un libro colectivo de poesía con el título de *Arpas amigas* que luego se convertiría en la *lira nueva* (1886) cuyo prólogo, firmado por Rivas Groot, sintetiza el ideario del poeta del momento en tres palabras temas: "Cristo, La República y La Naturaleza".

Un ideario que no coincide exactamente con el de Silva.

Más amplio, sí, pero también más ceñido a la propia fuerza expresiva de su trabajo verbal. No era un teórico de la reconciliación histórica con España.



Era un creador que transformaba la lengua española y le hacía decir :

*El verso es un vaso santo. Poned en él tan sólo  
un pensamiento puro,  
en cuyo fondo bullan brillantes las imágenes,  
como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.*

En dicha tertulia se rechazaban los versos agudos y esdrújulos. Las octavas bermudinas, las octavas reales, excepto las de Núñez de Arce, y las fábulas. Los fastidiaban también las sextillas que puso de moda también el doctor Rafael Núñez.

Se vivía, en consecuencia, dentro del debate vital del idioma. De sus modos de conjugar una realidad fugaz.

En una Bogotá "aletargada y brumosa" la vida literaria podía ser muy intensa, mezclada con las pasiones políticas, las preocupaciones gramaticales y los "suelos", con seudónimo, que todos los periódicos acogían, recogiendo chismes y maledicencias: así lo ha rescatado Enrique Santos Molano en el corazón del poeta (1992), obra biografía de Silva donde se palpa la estrecha ligazón entre el poeta y su mundo.

Pero reconociendo esa unión, lo importante es también subrayar la ruptura. Si no estaríamos preguntándonos lo mismo que Luis López de Mesa se preguntó en 1928 :

*¿Para qué un Silva empleado de segunda categoría en su banco, subalterno de un ministro agrere o diputado por las derechas del hirsuto gamonalismo provinciano?*

Silva rompió y a través de su poesía restableció el vínculo, en un nivel mucho más profundo. Se convirtió en símbolo de Colombia, como lo denomina Alejandro Vallejo, al señalar cómo el *Nocturno*, al igual que *la Canción de la vida profunda*, de Barba-Jacob, o *Las cigüeñas*, de Valencia, encierra "algo que a todos nos es propio".

Pero el carácter representativo de Silva, como uno de los más altos logros de nuestra cultura, en la plenitud de sus versos y la amargura final de su existencia, cancelada con un gesto que tiñe de dolor retrospectivo todos sus actos anteriores, no nos impide intentar comprenderlo más allá del mito, al reunir el mayor número posible de puntos de vista sobre su humanidad y su escritura.

Eduardo Zalamea, en 1946, señalaba:

*Se diría que nuestra literatura no ha llegado a la madurez necesaria para analizar la vida de nuestros grandes poetas.*

¿En dónde el libro que nos muestre el verdadero Silva y el que despoje a Caro de su clámide clásica para que podamos verle en su humana desnudez, y el que nos revele el secreto del genio de Pombo, y el que aclare la penumbra que vela el rostro de Flórez, y el que nos entregue completo a Barba-Jacob, y el que nos dé la cabal medida de Valencia?

Mucho se ha avanzado en tal sentido, pero aún faltan varias piezas del mosaico. De todos modos hoy conocemos mejor ese mundo de Silva ante los avances historiográficos y la voluntad esclarecedora de las sucesivas aproximaciones a su trayectoria, lo cual impone, por cierto,



un retorno a su poesía, que no supera las 220 páginas y a su prosa, que no va más allá de las 160 cuartillas. Tomando en cuenta, como hoy lo hace la crítica, su rigurosa conciencia de artista y lo novedoso de su novela–ensayo–diario–íntimo.

Las numerosas variaciones críticas en torno a Silva podrían llevarnos a desalentadores conclusiones sobre el tedio de la vida académica, pero el cambio de atención de su poesía a su novela y de su drama personal al estado general de las letras hispanoamericanas durante el modernismo, y la sociedad en que se dio, es un buen síntoma. Enriquece la vista.

Además, el requisito previo de conocer cuánto se ha escrito sobre Silva resulta imprescindible. Quizás ya allí, en aquel olvidado estudio, estaban las bases de la interpretación que hoy se nos brinda como muy renovadora, en enrevesada terminología. En todo caso, es curioso oír hablar de Silva desde la intuición como desde el perjuicio. Es esclarecedor, en definitiva, ver cómo los otros leían a Silva. Esas miradas aumentan nuestro asombro ante la belleza de tantas de sus líneas.

*Madrid, enero de 1994.*

